

principios y de los muchos encuentros y combates que el demonio le daría en la batalla espiritual, a lo menos que su memoria y nombre no se haya de eternizar en el cielo; pues dice el Espíritu Santo que el justo será en eterna memoria.<sup>1</sup> Y él fue justo y obró justicia, y sin duda alcanzó las promesas que Dios tiene hechas a los que le temen<sup>2</sup> y aman con sencillo corazón.

CAPÍTULO XXIV. *Vida de fray Antonio de Ciudad Rodrigo, quinto en número de los doce primeros evangelizadores de esta indiana iglesia*



ESTE SIERVO DE DIOS FRAY ANTONIO fue natural de Ciudad Rodrigo, de donde tomó el sobrenombre y quinto en el número de los doce. Vino de la provincia de San Gabriel. En esta del Santo Evangelio fue el segundo provincial que en ella hubo y guardián de muchos conventos. Era varón de mucha penitencia y muy austero en el comer y beber; porque más atendían los varones de aquel tiempo a conversar en el cielo, como lo dice San Pablo,<sup>1</sup> y a ejercitarse en las obras de caridad con el prójimo, que a cuidar de su regalo y descanso, porque sabían que no le hay sino es en Dios y en las cosas de su servicio; y era tanto lo que en esto trabajaban que con ser en aquel tiempo el trabajo de los religiosos muy grande y continuo, por ser ellos pocos y los indios muchos y acaecer a algunos de ellos predicar todas las fiestas, tres sermones, en tres lenguas diferentes y después cantar la misa y bautizar cantidad de niños y confesar los enfermos y enterrar los difuntos, cuando los había, con todo esto vivían en tanta penuria y tomaban las cosas necesarias a su sustento, con tanta moderación y templanza, que cierto pone admiración. Andaban descalzos y con hábitos viejos y remendados. Dormían en el suelo y un palo o piedra por cabecera. Ellos mismos traían un zurroncillo en que llevaban el breviario y algún libro para predicar, no consintiendo que se lo llevasen los indios. Su comida era tortillas, que es el pan de los indios, hecho de maíz, y ají, que acá llaman chile y capulies, que son cerezas de la tierra y tunas. Su bebida siempre fue agua pura, porque vino no lo bebían ni lo que ofrecían querían recibir. Ésta, pues, fue la vida de aquellos primeros varones de Dios y apostólicos ministros, y entre todos, de los más aventajados fue el siervo de Dios fray Antonio, tan escaso en su regalo cuanto largo y pródigo en su abstinencia.

Siendo guardián del convento de Mexico, el santo primer arzobispo de esta ciudad, don fray Juan de Zumárraga le envió, una víspera de Pascua, una botija de vino para regalo de los religiosos, y llevándola el portero a la celda del bendito guardián, y diciendo cómo el arzobispo la enviaba para

<sup>1</sup> Psal. 3.

<sup>2</sup> Ad Heb. 2.

<sup>1</sup> Ad Phil. 3.

los religiosos, salió de ella, diciendo a grandes voces: silicios, silicios, no vino, no vino. Y puesto que los religiosos le rogaron mucho que por el contento y respecto de quien lo enviaba se quedase en casa para la sacristía, nunca lo quiso recibir, cumpliendo con palabras, con el arzobispo, enviándole las gracias por la limosna que a sus hijos hacía y suplicándole que pues los amaba no permitiese que se relajasen y pusiesen malas costumbres, que aquel vino se podía emplear en otras personas que más lo hubiesen menester. De esta manera celaba este bendito varón la perla preciosa de la pobreza y yo no sé qué diga a tanto escrúpulo, ni qué pueda entender de alma tan recatada, sino lo que dice San Gregorio, que es de limpias conciencias temer pecado y culpa donde no le hay.

Fue a España, en nombre de todos los religiosos de esta tierra, para negociar con el emperador Carlos V que los indios fuesen relevados de tantos trabajos y vejaciones, como en aquellos principios padecían, en especial para que se diese libertad a los que injustamente tenían por esclavos. Y ciertamente la solicitud y diligencia de este siervo de Dios fue entonces de grande eficacia para el remedio de esta tierra, porque si pasara adelante la mala costumbre de los esclavos, ya no hubiera indio en toda ella.

El cristianísimo emperador informado de lo que pasaba envió cédulas y ordenanzas muy favorables, así para esto de los esclavos como para que se moderasen los tributos, y para que la doctrina de los indios fuese muy favorecida. Escribía también en particular, al mismo fray Antonio, encargándole le diese aviso si se cumplían o no sus cédulas y provisiones.

Fue este siervo de Dios electo en obispo de la Nueva Galicia, mas él, por su mucha humildad, no lo quiso aceptar. Volvió de España, año de 1529, y trajo consigo veinte religiosos que fueron después escogidos ministros y obreros en esta viña de el Señor. Vivió en el ministerio evangélico muchos años después de los cuales adoleció de la enfermedad de que murió año de 1553. Y viniéndolo a visitar el médico del convento de Mexico, llamado el doctor Alcázar y viendo que tenía poco de vida, le dijo: padre, encomendaos a Dios porque ya es llegada vuestra hora. A lo cual respondió el santo varón, con gran júbilo y alegría de corazón, como si le hubieran dado unas nuevas de mucho contento. ¡Oh señor doctor, Dios os dé buenas nuevas, como vos a mí me las habéis dado! Quedó el médico de esto tan edificado que salió de la enfermería derramando lágrimas y diciendo: bendito seais vos, señor Dios, en vuestros siervos y amigos, que si a mí, pecador, me dijeran que me iba muriendo, se me juntara el cielo con la tierra; pero no hay que maravillar de estos dos diferentes sentimientos; porque el bendito fraile, como andaba ajustado en sus cuentas, con Dios, no temía parecer en su presencia a darlas de su vida; pues de el justo se verifican aquellas palabras de San Pablo, que dicen: Deseo despojarme de esta vida mortal y estar con Cristo en la perdurable y eterna; y el médico, que entonces no debía de estar en semejante disposición, lloraba los temores con que había de parecer en aquel justo y tremendo tribunal, donde aun el mismo justo (como dice David) teme la presencia del juez; porque nadie sabe, como también dice el Apóstol, si es digno de amor o de odio. Está sepul-

tado este bendito varón en el convento de San Francisco de Mexico, adonde murió, y su alma (según nuestra fe) está esperando aquel dichoso día en el cual ha de vestirse de él, resucitando glorioso y recibiendo el premio de gloria que, según yo creo, ahora goza.

### CAPÍTULO XXV. *Vida del padre fray Toribio Motolinía*



UE EL PADRE FRAY TORIBIO EL SEXTO, en número de los doce, natural de Benavente, en España y profeso de la provincia de Santiago y traspuesto después en la recolección de la provincia de San Gabriel, como casi todos los doce lo fueron. Llamábase fray Toribio de Benavente y cuando llegaron a esta tierra de las Indias, como él y sus compañeros venían descalzos y con hábitos pobres y remendados, mirándolos así los indios decían muchas veces este vocablo, Motolinía, hablándose unos a otros, que en la lengua mexicana quiere decir, pobre o pobres. Fray Toribio, con el deseo que traía de aprenderla, como les oyese tantas veces aquel vocablo, preguntó que qué querían decir; y como le dijesen que quería decir pobre, dijo: Éste es el primer vocablo que sé en esta lengua, y porque no se me olvide, éste será, de aquí adelante, mi nombre; y desde entonces dejó el nombre de Benavente y se llamó Motolinía. Era varón muy espiritual, de mucha y continua oración; pero entre otras virtudes que en él resplandecían, la castidad fue la principal, la cual guardó en sí con extrañísimo ejemplo y cuidado; de donde infero que era muy amado de Dios, pues le conservaba en tanta limpieza y castidad; la cual virtud es muy de su gracia, sin cuyo favor y amparo no se conserva (como lo dice Salomón en el *Libro de la sabiduría*)<sup>1</sup> y era tan celoso de ella que a un religioso grave y ejemplar, por sólo que le vio una vez llegar la mano al rostro de una niña, que su madre traía en los brazos para que la bendijese, lo reprehendió. Tanto como esto puede la virtud, cuando está con veras arraigada en el alma. Y como es de pechos celosos de la honra de Dios, trabajar mucho para atraerle las almas que con su preciosa sangre redimió, trabajaba siempre, así en enseñar la doctrina cristiana y cosas de nuestra santa fe; a los naturales recién convertidos, como en bautizar, de lo cual era amicísimo. Bien lejos estaba del corazón de este santo varón, lo que dice el Espíritu Santo en los *Proverbios*, del perezoso, que excusándose de trabajar dice: Un león está en la calle y en medio de la plaza he de ser muerto. Pues sin temer trabajos, ni perdonar caminos, seguía la fuerza de su espíritu en busca de ánimas, deseando la salvación de todos, imitando a nuestro maestro Jesucristo, que en la cruz mostró este deseo, bautizándolo con nombre de sed, diciendo también con el Apóstol: Más he trabajado que otros; pero estos trabajos no han sido de mis solas fuerzas, sino de la gracia de Dios que me ha ayudado en todo. Con este espí-

<sup>1</sup> Sap. 8.